



TESTIMONIOS
DE UN MISERABLE

Alejandro Noguerras

TESTIMONIOS
DE UN MISERABLE



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Alejandro Nogueras

ISBN: 979-13-87814-70-0

ISBN digital: 979-13-87814-71-7

Depósito legal: M-15889-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Era, de entre los miserables, el más miserable de todos. No solo porque había cometido el cinismo de llegar a los ochenta años, también porque los estaba disfrutando. Él no era así, había cambiado desde la última vez que lo vi, que fue cuando tenía apenas treinta años, y cincuenta años después yo pensé que iba a ser la misma persona que conocí cuando era joven. Yo tenía apenas quince años cuando hablamos por primera vez, ahora tengo unos pocos menos que él; pero yo he sido el mismo durante todo este tiempo, él cambió, se hizo más sensible, más nostálgico, más preocupado, más cariñoso. Era un miserable, pero no uno de los que conoce toda la gente, a esos tipos él les llamaba cabrones; los miserables, para él, son las personas que aman, las personas que sienten, las que se preocupan; él se había convertido en un miserable. Sin embargo, era demasiado orgulloso y no lo iba a aceptar. Ochenta años de vida y los estaba disfrutando, yo tenía sesenta y cinco y ya quería matarme, pero no se lo dije porque no me iba a entender. Cuando sea viejo no quiero terminar como él, tal vez por eso, y solo por eso, decida colgarme cuando cumpla los setenta.

Supe que estaba vivo porque yo mismo me lo encontré una tarde que vagaba por el mercado de Santa Ana, ni siquiera sé por qué voy al mercado. Me lo encontré en el puesto de una amiga que él y yo teníamos en común desde

hacía años, quizás tres años llevábamos de conocerla, simplemente que yo no me había dado cuenta que era amiga en común, según yo, era solo amiga mía. Esa tarde decidí pasar a hablar con ella porque ya llevaba como una semana de no verla; Rosa se llamaba la mujer. No era una mujer hermosa, ni siquiera bonita, ¿por qué saco esto a colación? Porque cuando llegué a su puesto, que estaba en un edificio donde se rentaban los locales, me encontré a Vidal, el miserable estaba con ella, abrazándola, tocándola por todos lados: las tetas, las nalgas e incluso su sexo, ella le metía la mano en el pantalón y se besaban. Yo no dejé que me vieran, simplemente me metí en el puesto de uno de los primos de Vidal, a quien yo conocía perfectamente; Julián era su nombre. Me quedé parado hablando con el hombre, mientras, de vez en cuando miraba hacia el puesto de la Rosa para asegurarme de que ya se hubiera ido Vidal, pero cada vez que yo miraba hacia el lugar los encontraba siempre en las mismas. Hasta que, en un momento, cuando volteé a ver, crucé miradas con Vidal, nos quedamos viendo por unos momentos, quizás los dos esperábamos que el otro reaccionara, pero ninguno de los dos se movía; también, al principio pensé que Vidal no me había reconocido, pero, cuando se separó de la Rosa, la dejó de tocar y ella lo dejó de tocar. Le dijo algo, claramente no alcancé a escuchar qué fue lo que le dijo, pero se fue, solo le dio unos dólares y se alejó rápido del lugar. Me acerqué al puesto cuando me aseguré de que Vidal no fuera a regresar; ella estaba con una mano cubriéndose la cara mientras lloraba, cuando le hablé se limpió las lágrimas.

—¿Desde cuándo?
—¿Desde cuándo qué? —me preguntó.
—¿Desde cuándo sos amiga de Vidal?
—Desde hace casi tanto tiempo como vos sos amigo mío.

¿Por qué yo estaba sorprendido de que él siguiera vivo? Pues porque yo me imaginaba que llevaba seis años muerto, de hecho, una de sus primas me invitó a la vela de él, caminé siete kilómetros desde el lugar que lo estaban velando hasta el cementerio, yo vi como enterraban a Vidal Cerritos; de hecho, llevaba ya seis años de estarle llevando flores a ese hombre, y resultaba que estaba vivo.

—A mí —le dije a la Rosa— me invitaron a una vela y a un entierro de un hombre llamado Vidal Cerritos, llevo seis años de estar llevándole flores a ese hombre, estaba seguro que era él, pero ahora resulta que siempre estuvo vivo.

—No fue este Vidal el que se murió, sino que fue su hijo mayor, acordate que su hijo tenía el mismo nombre que él.

—Pero ni siquiera Julián pudo decirme que era su hijo el que estaba muerto.

—Julián tampoco sabe, según él, el que está muerto es su primo. Y sí, yo ya le dije a Vidal lo que le pasaba a Julián, y él me dijo que lo dejara así, de esa manera no se comprometía con él a estarlo visitando de vez en cuando.

En ese momento pensé que Vidal seguía siendo como el hombre que yo había conocido, esto no solo porque estaba tocando a la Rosa, sino también porque no asistió ni a la vela, mucho menos al entierro de su propio hijo.

—Y ahora que hablamos de él, te quiero preguntar: ¿por qué te estaba tocando y vos a él?

Rosa suspiró mientras trataba de no llorar.

—Por el dinero, y no, no soy una puta. Mirá, ¿hace cuánto tengo yo este puesto? No me alcanza para nada, lo que yo vendo no me alcanza porque es muy poco.

—¿Y no se te ocurrió mejor cosa que aceptar lo que él te ofreció?

—Me paga cien dólares solo por dejarme manosear —me dijo llorando— y doscientos por dejarme coger.

Con eso me imaginaba que Vidal seguía siendo el mismo de antes, cuando lo conocí también era un hombre de dinero: exportaba producto a Europa, más el ser empresario de buses, agricultor, dueño de una gasolinera; cuando me hice peón y amigo de él, tenía suficiente dinero para comprarse tres casas de hasta cien metros cuadrados cada una y le sobraba dinero para rentar a todas las putas de dos burdeles. Por supuesto nunca se compró las tres casas, nada más una; y nunca rentó putas, él se conseguía a una mujer a la vez, así como estaba haciendo con la Rosa.

—Entonces, el viejo sigue siendo el mismo que conocí.

—¿Lo estás apoyando?

—No lo apoyo, pero me alegra que sea el mismo de antes.

—¡Andate a la mierda!

La hice enojar antes de poderle preguntar la nueva dirección de Vidal, claro que no era mi intención hacerla enojar. Además, aparte de mandarme a la mierda, tam-

bién se entró al puesto donde guardaba el producto nuevo que le llegaba, en la parte de atrás del local, ahí me di cuenta que ella tampoco me iba a hablar en bastante tiempo. Me fui, claro que me fui, no me hacía falta hablar con ella, eso es algo que aprendí de Vidal, aprendí varias cosas de él, hasta sus vicios. Me regresé a platicar con Julián que, creo que ya lo mencioné, era más amigo de Vidal y era también uno de sus primos. Cada vez que yo llegaba donde él, que era bastante seguido, siempre lo encontraba llorando, siempre lamentándose por la muerte de su primo, ya que Julián era mayor que él. Esta vez sí me senté a platicar tranquilamente con él, y pensaba en lo que había dicho la Rosa en el puesto: que Vidal no quería que su primo se diera cuenta de que seguía vivo, sin embargo, yo sí quería que se diera cuenta, quizás un tanto para joder a mi amigo, ya que, desde la última vez que nos vimos, no me llamó ni una sola vez, ni siquiera pensó en escribirme al menos una carta, y eso que fuimos buenos amigos. Solo que, quería esperarme a que Julián sacara a conversación el tema de su primo para darle la noticia.

—¿Has ido a ver la tumba de Vidal? —me preguntó.

—No, pensaba ir este año, pero ya no estoy yendo.

—¿Por qué? ¿No que vos y él eran grandes amigos?

—Pues sí, pero me acabo de dar cuenta de algo.

—¿De qué cosa?

—¿Has ido a ver a la Rosa últimamente?

—No, llevo ya bastante tiempo de no pasar a verla, y eso que el puesto de ella con el mío solo tiene cinco puestos en medio.

—Ahí me encontré a Vidal, manoseándola.

Al principio él me vio con incredulidad, y no lo culpaba, si hubiera sido él quien me hubiera dicho semejante cosa, yo tampoco se lo hubiera creído. Le insistí como por cinco minutos de que era verdad, fue a corroborarlo con la Rosa, quien también me mandó con Julián una buena cantidad de insultos y de puteadas. Julián regresó llorando, rezándole a Dios por la vida de su primo.

—¿Entonces quién carajo está enterrado en la tumba de un Vidal Cerritos?

—La misma pregunta me hice yo, y resulta que el Vidal Cerritos que está enterrado en Candelaria es el hijo mayor de Vidal.

—Nadie nos dijo nada de que era su hijo, ni siquiera nos dejaron ver el cuerpo en la caja.

—Eso sí no sé cómo explicártelo.

Cerró el puesto, se lavó la cara y se regresó a su casa, quizás a decirle a los demás familiares que también tomaban a Vidal por muerto, a decirles que estaba vivo. Yo me quedé sentado en frente del puesto, me quedé pensando en cómo le iba a hacer para saber la dirección de mi amigo. Decidí que iba a buscar a otro de sus primos, él sí debía saber dónde vivía. Me regresé a mi casa, me emborraché y reviví el pasado, pero sin nostalgia, yo no quería convertirme en un miserable.

—Vos tenés que saber dónde vive Vidal.

—¿De dónde sacás que Vidal está vivo? Vos, yo y todos los familiares fuimos a la vela y lo acompañamos a enterrarlo.

—No te hagás el pendejo, Óscar, los dos sabemos que vos eras más apegado a Vidal que cualquier otro familiar que él tuviera.

—Yo no sé nada.

—Me costó bastante encontrarte, tuve que andar por el mercado, la campiña e incluso hasta el centro preguntando por vos, suerte tuve que una vieja me dijera la dirección de tu casa.

Me encontraba en la casa de Óscar Sandoval Cerritos, otro de los primos que tenía Vidal, él fue desde siempre uno de los más apegados, incluso más que el propio Julián, prácticamente se criaron juntos. Cambió mucho su forma de vivir en comparación cuando era joven y niño, ya que su padre, don Juan Sandoval, era un hombre adinerado, como Vidal, solo que, a diferencia de este último, don Juan siempre les dio una vida jodida y de pobreza, y era rara la vez que el viejo les daba dinero para comprar cualquier pendejada, ni siquiera ropa nueva les compraba. Cuando crecieron los hijos, porque son tres y dos murieron ya, todos llevaron una vida de mierda siempre, Óscar es el que más sufrió esa vida de joven y adulto. Tenía la misma edad que Vidal cuando lo visité, y parece ser que supo juntarse con las personas correctas, ya que su esposa tenía ciudadanía estadounidense, pensión y herencia. Cuando tuvieron hijos, los tres se graduaron, tuvieron y creo que tienen buenos trabajos, buena paga y todo iba dirigido a Óscar. Y yo estaba seguro que él sabía dónde vivía su primo.

—Por algo te cambiaste de casa —le dije. Él ya se había puesto nervioso.

—¿Y qué pasa con eso? Todos tienen derecho a cambiarse de casa.

—¿Y con la pobreza en la que viviste te cambiaste a una casa de dos plantas?

—Me la compraron mis hijos.

—Ahora que tocás el tema de tus hijos me recuerda: ¿cómo consiguieron trabajo tan rápido tus hijos en este país con dos carreras que tienen más del cien por ciento de egresados desempleados?

—Amigos en el gobierno o puestos importantes me dieron su...

—¿Cuándo has tenido vos amigos así?

—¡Ya pues, está bien! Fue Vidal el que me puso en contacto con el alcalde de Santa Ana para darle trabajo a mis hijos, y no, no está muerto, yo ya sabía.

—¿Fue intencional la muerte de su hijo?

—¿Me estás preguntando si él lo mandó a matar? Pues dejame decirte que no, Vidal no lo mandó a matar, pero sí le ordenó a los de la funeraria y a los encargados tallar la lápida que solo pusieran Vidal Cerritos.

—O sea que él quería que todos pensáramos que estaba muerto.

—Exactamente, y solo nos contó a las personas que nos tuviera bastante confianza.

—¿Dónde...?

—Antes de que me preguntés por la dirección de él, te tengo que decir que yo no la sé. A quienes nos tenía confianza solo nos dijo que quería fingir su muerte, pero solo en los que de verdad confiaba les dijo dónde iba a vivir.

—¿Quiénes más saben de esto?

—Yo, Julián, la Rosa, su esposa Soledad y sus hijos.

El muy hijo de puta —estoy hablando de Julián— sabía desde un principio que Vidal estaba vivo, sí había ido a ver a la Rosa, además, era buen actor para llorar siempre que yo llegaba, era mejor actor que Óscar, pues Julián sí me convenció que no sabía de Vidal, incluso su incredulidad fingida cuando le dije lo que había descubierto.

Julián no me iba a decir nada, la Rosa sabía menos, y yo no conocía a sus hijos ya adultos, solo de niños. La nueva esposa que se consiguió era a la única que yo podía preguntarle.

—¿Creés que su esposa sepa dónde vive?

—Sí, ella sí, y aunque están casados viven separados, ella cuida a sus papás, pero sé que siempre lo va a visitar.

—¿Dónde vive?

—Dos cuadras arriba de mi casa.

Me levanté con energía, quería llegar rápido donde la mujer, sin embargo, antes de salir, me di la vuelta y le pregunté a Óscar:

—¿Por qué Vidal querría desaparecer de esa forma?

—Eso es algo que todos los que sabemos de su plan conocemos, pero que no voy a ser yo el que te lo diga, ni tampoco la esposa de Vidal te lo va a decir, ella solo te va a dar la dirección, ¿por qué?, eso tenés que descubrirlo por tu cuenta.

Me fui después de escuchar aquello, y di con la casa también, ya que Óscar solo me había dado el nombre de la mujer tuve que preguntarles a los vecinos cuando llegué

a las dos cuadras si conocían a una mujer llamada Soledad y que era esposa de un viejo. Por suerte di con la casa, que era una zapatería, también me di cuenta que el viejo —el padre de Soledad—, don Francisco Martel, era un hombre que alquilaba más de diez locales, hasta veinte o treinta escuché decir, era un hombre con dinero en el banco.

La zapatería era la misma casa en la que vivía, una casa angosta, pero larga hacia el corredor y el patio. Al parecer Vidal había logrado tener un hijo con la mujer.

Toqué uno de los timbres que estaba en el recibidor, llegó a atenderme una mujer rubia de treinta y cinco años, lo sé porque simplemente le pregunté la edad, tenía ojeras y se le notaba cansada, por cuidar a los viejos quizás.

—¿Qué desea?

—Puede estar segura de que zapatos no quiero.

—¿Entonces?

—Voy a serle directo: quiero que me diga dónde vive Vidal Cerritos.

Reaccionó tal y como yo esperaba que iba a reaccionar: lo negó, o más que negarlo, simplemente me dijo lo que yo ya me esperaba:

—El señor que usted...

—Sí, ya sé lo que me iba a decir: que el señor que estoy buscando lleva muerto seis años, pero ahórrese eso, yo ya sé toda la verdad: sé que usted es su nueva esposa, sé lo que planeó el viejo para fingir su muerte, además hablé con la Rosa y con Óscar. Y perdóneme que se lo diga, pero su marido Vidal le paga el dinero que, me imagino que usted le da, a la Rosa para cogérsela.

Se quedó en silencio un momento, como queriendo assimilar lo que le acababa de decir, al final me dijo:

—Yo ya sé lo que él hace con el dinero que le doy, y si le soy franca, no me importa, yo tengo cosas más importantes en que pensar.

—Mire, otro día quizás hablemos de la razón por la que le sigue usted dando dinero y la razón por la que no se ha divorciado de él, pero francamente ahorita tengo algo más importante en qué enfocarme, y eso es que usted me dé la dirección del viejo, usted quizás no me conoce, pero yo fui y me imagino que todavía debo ser, un buen amigo para él.

—No sé.

—Mire, llevo caminando casi todo el día, me duele todo, solo deme la dirección, además, ¿qué podría perder usted? Por lo que me acaba de decir, no lo quiere, sabrá Dios sus razones por las que sigue con él; pero si lo mato, la dejaría a usted con una preocupación menos.

Me dijo la dirección, aunque resignada a saber que yo no iba a matar al que fue mi amigo, aun así me la dio, me regresé a mi casa a emborracharme otra vez.

La lotificación en la que vivía estaba justo a la par del colegio más caro que hay en Santa Ana y era, además, una lotificación cara, lo pude ver al nomás entrar, ya que justo a la orilla de la calle estaban bastantes casas de dos plantas, y no solo de dos plantas, también eran grandes y con forme avanzaba en la lotificación podía ver que las casas eran cada vez más lujosas. Salían, además, carros del año. Y

conforme más avanzaba, me encontraba con casas y más carros. También me encontré con una cancha en donde estaban jugando los hijos de la gente rica. Me imaginaba que la casa de Vidal tenía que ser igual o más grande que todas. Caminé hasta un pequeño parqueo cuadrado donde estaban estacionados los carros de la gente que vivía en los alrededores del parqueo, me imaginaba que al menos una de las casas o varias tenían que ser de Vidal.

Estaba buscando la casa treinta «A», llegué hasta el extremo derecho del parqueo y me encontré con la casa treinta «B» y a un lado estaba la casa de Vidal, era una casa de dos metros de ancho. Toqué la puerta y pude escuchar cómo una persona caminaba arrastrando los pies mientras tosía. Me recibió un viejo de ochenta años, demacrado, cansado y harto de la vida. Y ahí me di cuenta de que ya no era la misma persona que yo había conocido.

—¿Qué te pasó?

—¿Qué me pasó de qué?

—Pues ahora estás en la mierda.

—No se puede estar en otro lugar en estos días.

—¿Cómo pasaste de tener todo el dinero que quisieras, de gastarlo hasta por joder, a esto en lo que estás ahora?

Se quedó callado por un momento que se hacía más largo. Ahí me di cuenta que no me iba a responder nunca, por eso solo le pregunté:

—¿No me vas a invitar a pasar?

El viejo se hizo a un lado para dejarme pasar a su casa. Era una casa pequeña, quizás de unos veinte metros de largo

y un poco menos de ancho, que solo eran unos cinco o diez a lo mucho, sin embargo, los veinte metros abarcaba la casa, incluido el patio. La casa en sí era solamente de unos cinco metros de ancho y cinco de largo; el patio lindaba con el colegio, por eso sus vecinos le pusieron un pequeño muro al final de sus casas, para poder ver hacia el lado del colegio. Sin embargo, Vidal no le dejó ningún muro pequeño, lo hizo de diez metros de alto y construyó una pequeña galera en donde guindaba dos hamacas, solo se acostaba en una, pero a él le daba igual; además, tenía también una lora verde que de vez en cuando le hablaba. Según me dijo, esa lora verde la compró poco después de que nos separáramos, la compró barata, y también le ayudaba a no sentirse solo. Los sillones que tenía eran los viejos que tenía en su casa que yo siempre visitaba, además de tres cuartos, un baño y una pila que estaba en el patio y que ahí lavaba la ropa. La cocina y el comedor estaban en la misma sala.

—¿Por qué ya no me volviste a buscar? —le pregunté con seriedad para que no se diera cuenta que me había hecho falta.

—No sé, quizás porque no tenía esperanzas de encontrarte, por tu forma de ser pensé que en algún momento te iban a matar.

—El día que cruzamos las miradas donde la Rosa, ¿por qué no me encontraste para que nos sentáramos a platicar?

—Porque yo sabía que en algún momento me ibas a preguntar dónde vivía y yo no quería que vieras en lo que he terminado.

—Y, sin embargo, aquí estoy, encontré tu casa, te encontré a vos, e inclusive he podido ver la miseria en la que has terminado. Para más, tu primo Óscar ha terminado con dinero, una buena mujer y además unos hijos buenos.

—Mis hijos también son buena cosa.

—¿Cada cuánto te visitan?

Volvió a quedar en silencio.

—Al menos me consuela saber que seguís con la actitud que tenías cuando te conocí, aprovechar la muerte de tu propio hijo para fingir la tuya y no tener que visitar a nadie, eso fue bastante descarado.

—Y doloroso también.

—No me vas a decir que te dolió la muerte de tu hijo, si vos nunca has sido de las personas a las que les importe lo que le pase a los demás, ni siquiera a tus hijos.

—El problema es que ya cambié, siempre pregunto por ellos y cuido a mis nietos, hasta ellos me quieren como si yo fuera su papá, incluso me hice un esposo ejemplar.

—No, eso sí ya es descarado porque yo te vi manoseando a la Rosa, e incluso me dijo que le pagabas doscientos por dejarse coger, y fue tu esposa quien me dio la dirección de aquí, y ella ya sabe en lo que vos estás metido: que gastás el dinero que ella te da para cogerte a la Rosa.

Me cambió de tema.

—Acompañame, quiero que nos acostemos un rato en las hamacas.

—¿Para qué?

—Me contaron y me pasaron bastantes cosas después de que vos dejaste de trabajar para mí, también antes de que empezaras, y quiero que las escribás porque yo he visto los libros que vos has escrito, y quiero formar parte de ellos.

Nos levantamos, agarré una libreta que tenía él ya preparada y nos fuimos al patio a acostarnos en las hamacas, nos pusimos cómodos y empezó a contarme las historias. Ahí me di cuenta que él se había convertido en un miserable.

—Vos no has de conocer a la familia Nájera, todos se murieron ya, ni los hijos, que, de todos modos, tendrían más de cien años, ya no viven. Yo no vi lo que les pasó, esta historia es, quizás, un invento de mi abuelo, yo no te puedo asegurar que sea una historia verídica, pero ¿qué nos puede importar a nosotros si una historia es verdadera o no?

Mateo Nájera era el papá, el más viejo, tenía quizás la misma edad que mi papá, un poco más viejo. Ese hombre se casó con María Asunción, era una buena mujer... tenía dieciséis años y Mateo cincuenta cuando se la llevó, ya te dije que esta es una historia de mi abuelo, que se la contó a mi papá y él a mí. Tuvieron tres hijos: Mateo, Pablo y Augusto. La pobre María se murió en el parto de Augusto, quizás tener tan poca edad y dar a luz a tres niños fue lo que la mató. El viejo Mateo se volvió a acompañar, solo que esta vez con una mujer de más edad, y con más edad me refiero a que su nueva mujer, Soledad García, solo tenía veintiún años cuando se la llevó, ella parió al cuarto hijo: Julio. «Nunca había visto yo una pobreza tal como la de la familia Nájera», le decía mi abuelo a mi papá, y mi papá se lo decía a todos los que nos contaba la historia.

Mi abuelo, los conoció, los iba a visitar en la casa que se habían rentado en la cabecera del departamento de

Santa Ana, les llevaba comida que les preparaba mi abuela para ayudarlos, ya que, el lugar en el que vivían había que pagarle al dueño cincuenta colones al mes para poder seguir viviendo en la pequeña casa. Mi papá cuenta que los pobres tenían que salir todos los días a las cinco de la mañana para poder ir a trabajar y sacar el dinero para pagar la renta, ya ni siquiera trabajaban para la comida, según mi papá, quedaron desnutridos, se recuperaron un poco cuando mi abuelo les empezó a llevar comida, la poca comida que les preparaba mi abuela. Los hijos crecieron y uno a uno se fueron casando, ellos sí se casaron.

—Y ¿dónde vivieron?

—¿Dónde más podían vivir, si no era en la casa que estaban rentando sus papás? Creo que, durante esos años, esa era la única manera, o más bien el precio que había que pagar para tener una vida digna, y aun así uno vivía en la mierda. Los cuatro hijos se llevaron a esa misma casa a sus esposas, y lo peor es que ni siquiera era una casa grande, eso más calificaba como cuarto, un cuarto de seis metros cuadrados por seis; y ni siquiera podían darse el lujo de tener muebles, lo único que tenían eran unos pedazos de tela cosidos para formar una bolsa y los rellenaron con papel de diario, esas eran sus almohadas; sus camas eran solamente unos cubrecamas que les había llevado mi abuelo, y ni siquiera se tapaban, y solo tenían dos: para Mateo padre y su esposa; sus hijos y las esposas de sus hijos reposaban la cabeza en el suelo siempre.

Ellos tenían suerte también, porque el hombre que era el dueño de ese pequeño cuarto era un viejito de noventa

años y que era buena gente, al menos con ellos, pues le llegaron rogando porque les diera un cuarto donde dormir, y el viejo les daba el tiempo de que les fueran pagando poco a poco durante el mes; esto debido a que los pobres, ya que solo los pobres Mateo padre y su mujer trabajaban, los hijos estaban ahí solo de arrimados. El pobre Mateo padre y su mujer ganaban con gran dificultad trece colones a la semana, y no en un solo trabajo, ya que ellos no tenían un trabajo fijo, aceptaban hasta tres trabajos seguidos en la semana para poder llegar a cincuenta colones al mes. Y antes de que me preguntés, tengo que decirte que sí, yo al viejo que les rentaba el cuarto no lo conocí, y eso que estaba algo joven cuando se los empezó a rentar, yo solo hablé una vez con la hija porque el señor era dueño de fincas también, solo que yo trabajé con su hija ya cuando tenía la edad de los hijos de Mateo. Como te dije, tendrán más de cien años, solo que nunca me imaginé que su papá tuviera en uno de sus locales a los Nájera.

El pobre viejo, Pedro se llamaba, se murió a los pocos meses de que los hijos de los Nájera cumplieran treinta años, y la que quedó encargada de los locales que alquilaba fue su hija, una mujer que no tenía nada que ver con su papá, ya que esa mujer sí era mala, demasiado, incluso le gustaba tener varios hombres y solo con dinero, solo los hombres adinerados le gustaban, y los dejaba en la mierda también. Le gustaba sacarles dinero a todos los hombres que se conseguía. Ella fue tan inflexible con los Nájera, y fue directa y tajante también: «Les voy a subir la renta, setenta va a valer ahora».

Ni a Dios le rogaron nunca tanto los Nájera, pero la mujer no quería oír ruegos, solo quería ver el dinero. Al final del mes los Nájera solo lograron llegar a cincuenta, por supuesto que la mujer no los dejó pagar, ella necesitaba los otros veinte, ¿y ellos de dónde iban a sacar dinero? No los dejó seguir en el lugar, los echó a la mierda.

—¿Qué pasó con ellos después?

—Parece ser que Mateo Nájera padre, ya estando en la calle, los reunió a todos y, bueno, dice mi papá que les dijo: «Solo tenemos dos opciones: la primera, nos quedamos aquí a vivir de indigentes y posiblemente morirnos de hambre y de frío; la segunda, nos vamos, no sé a dónde, quizás a un lugar que no figure en el mapa, nos quedamos a nuestra suerte, empezamos de cero, construimos nuestras casas y vemos cómo sobrevivir». Y, según me contaron, uno de sus hijos, Mateo, le preguntó: «¿Qué pensáis vos, papá? Que independientemente, cualquiera de las dos opciones que tenemos, estamos igual de jodidos». Decidieron irse, aunque no todos se fueron. Mateo hijo se quedó en Santa Ana, por primera vez uno de sus hijos pensó en trabajar, ya que sus hermanos y sus papás se iban a ir a un lugar donde seguramente no iba a haber ni hospital ni mercado. Sin electricidad, iban a pasar a oscuras siempre, por eso Mateo decidió quedarse con su mujer en Santa Ana para trabajar y poder llevarles cualquier cosa esencial que necesitaran sus hermanos y sus papás.

—¿A dónde se fueron?

—Al único lugar donde nadie los podía joder, donde nadie les iba a cobrar por vivir, donde no había cemente-

rio, ni iglesia, ni hospital, ni carreteras, ni gente; al lugar de donde viene mi apellido: se fueron a Cerritos.

—Pero ahí sí hay gente, y carretera, y hospital, y cementerio.

—En el centro del pueblo sí, pero vos sabés que es un pueblo que lo rodean kilómetros de cerros y valles, por eso se llama Cerritos. Pero ellos se fueron lejos, a uno de los valles cercanos, y vos sabés que cuando digo cercanos me refiero a que están más lejos que la gran puta. Para la suerte de ellos se instalaron en la falda de un cerro que era completamente plana y tuvieron que hacer un camino casi improvisado para que su hijo pudiera llegar a darles los suministros. Tuvieron la suerte también de encontrarse con un camino que llevaba hacia un nacimiento de agua que también tenía una quebrada que desembocaba en un río que debía medir unos diez o quince metros de ancho, en verano. Ahí se quedaron a empezar de cero, tuvieron que dormir a la intemperie por bastantes días mientras reunían la madera suficiente para hacer moldes, después hacer el lodo con el que hicieron los adobes para construir sus casas.

Mateo logró conseguir un trabajo más o menos y pudo estarles yendo a dejar velas, azúcar, café y otras cosas; lo único que Mateo y sus hijos lograron comprar durante los años que vivieron con el viejo fue una lámpara más o menos buena y unos machetes que ni filo tenían ya, con esos trabajaban para pagar la renta del cuarto, fue lo único que se llevaron también.

Se tardaron casi un año en construir las cuatro casas con una pequeña cocina de leña y uno que otro estante

para guardar lo que les fuera llevando Mateo. Las casas estaban separadas una de otra, por lo que, casi nunca se acordaban de quién era la casa, solo dormían en una. Sembraron un poco de maíz también, que les llevó Mateo, de ahí guardaban un poco para semilla y lo demás se lo comían, sembraron frijol también, creo. Pasaron un año comiendo pura tortilla con frijoles, más la crema y el queso que les llevaba su hijo. Al menos comieron tortillas y frijoles hasta que descubrieron que en ese lugar vivían venados, conejos y otros animales. Se dieron cuenta que podían empezar a comer carne.

—¿Cómo los iban a cazar?

—Ahí se viene la cosa: tuvieron que esperar un año más, ya con esto llevamos tres años que llevaban viviendo en ese lugar, mientras su hijo Mateo ahorra para poder comprar cinco revólveres, uno para cada uno. Pasaron todo ese año de espera con impaciencia, pues fue un año más que pasaron comiendo pura tortilla con frijoles y crema; eran pobres, también hipócritas para decir que ya los tenían aburridos comer solo frijoles con tortilla y crema.

Pasó, por fin, el año que tuvieron que esperar para que les llegaran las armas, además de las municiones. El primer día que se los llevó su hijo, ese mismo día las probaron, fue viernes, un día maldito para las mujeres de los Nájera. Se fueron de caza en la noche, salieron de sus casas a las doce de la noche, las mujeres se fueron a reunir en una de las casas, de cualquiera de ellas, poco importaba. Los esperaron hasta las tres de la mañana, se hicieron las cinco y no regresaron sino hasta las seis de

la mañana. Las mujeres pasaron esas seis horas tomando café, rezando y preocupadas porque a sus maridos no les fuese a pasar nada. Los hombres llegaron sucios, cansados, sudando y con un venado y con tres conejos muertos; se me había olvidado decirte que también pudieron escuchar los disparos hasta la casa, y cada vez que oían cómo se detonaba un arma, agarraban más fuerte los rosarios que Mateo les había llevado, y rezaban con más nerviosismo. Comieron carne durante una semana. A la siguiente semana ellos ya no tenían nada, inventaban cualquier pendejada para comer carne. Lo curioso es que se aburrieron de siempre comer tortilla con frijoles, pero nunca se aburrieron de comer carne, ya que se comían la carne sin siquiera pan, ¿de dónde iban a sacar pan? Se volvieron adictos a la carne en esa semana que pasó. Por eso, ese viernes, decidieron salir a cazar de nuevo...

—Pará ahí —le dije—, no te voy a negar que está bastante interesante tu historia, pero antes de que sigás contándomela, decime: ¿cómo perdiste todo y cómo llegaste hasta aquí?

El viejo Vidal se levantó con dolor, quejándose de que le dolían las rodillas y las piernas, me dijo que lo esperara en la hamaca. Vi cómo llegó hasta la sala, donde tenía el milusos y su televisor, se agachó y regresó con un libro, o con una carpeta, me la dio y volvió a acostarse en la hamaca, también me pidió que la abriera, era un álbum de fotos, me dijo que las mirara bien.